

UN POETA DESHILACHADO

“...La galaxia había dejado caer su puño sobre la Tierra. Un puño cosido con lágrimas de oro que atacaba desde el tapiz que construía y destruía estrellas, que coronaba el cielo; y mandaba a sus súbditos que le rindiesen pleitesía. Tiene la corona tan incrustada en la cabeza, que podemos ver correr por uno de sus brazos los últimos resquicios de las víctimas que no han tenido suerte. Son llamadas estrellas fugaces, los hilos que sobran en la pieza maestra: Este tapiz universal que había mandado un ejército de asteroides a callarnos...”

Las palabras entraban por mis oídos y eran procesadas por mi cerebro. Dentro de mi cabeza, las imágenes se repartían para abarcar todo el espacio posible, para que pudiese ver esas palabras nítidamente.

Dicen que el final del camino está en la muerte, que vidas sólo hay una, que debes vivir el presente. No sé si creerlo. Ojos que no ven, corazón que no siente, ¿no?.

La narración ha cesado. Y oigo como mi madre posa el libro sobre la mesa. Me da un beso en la frente y sus pasos se alejan por el mullido suelo acolchado con alfombras, los hilos de éstas chirrían. Cree que me he dormido. Tiene miedo de que no despierte.

El mismo ritual rítmico de siempre, el que alerta del final del día y del inicio de la noche. Dentro de dos horas, comenzará la vida nocturna; el tiempo de que las salamandras se escondan y los búhos empiecen con sus ejercicios vocales. El tiempo de escritura de los poetas. Poetas como yo, que escribo en la oscuridad. El único problema es que a mis palabras se las lleva el viento. La impotencia de no poder compartir mis vidas es la culpable de que mis creaciones se descosan.

Una vida y otra van pasando delante de mis ojos. Remolinos de palabras que activan los sensores de mis papilas gustativas, reajustan mi córnea y alteran el ritmo de mi corazón. Hasta que son tantas las palabras que llegan, que mis pulsaciones solo siguen el pentagrama de las letras. Una canción permanente a la que pone el ritmo la máquina que me monitoriza al lado.

“...subió los pequeños escalones que lo juntaban a él con la vida, pero que acaban por cortar el grueso hilo del que pendía la muerte del destronado...”

“...y todos los procesos químicos que podría llevar a cabo su corazón lo llevaron hasta allí, la ciencia del amor...”

“...con un click en la tecla, envió un mensaje que podría cambiar su vida, empezaba a depender de una red virtual que conectaba a todo el mundo: una tela de araña gigante, en la que tú eres la víctima.”

Fragmentos de cuentos anteriores, de vidas, pasaban por mi cabeza. Vidas reales, y vidas no tan reales. ¿Quién tiene el derecho a decidir lo que es real y lo que no?, ¿decidir entre lo verdadero y lo falso? Desde luego yo no, ni siquiera puedo ver la realidad.

Echo de menos no poder ver las letras. Dibujos relacionados con sonidos. Sonidos relacionados con significados, y por ende con objetos, personas, animales, plantas, sentimientos, emociones, estados... La cantidad de cosas que pueden ser un conjunto de sonidos, tal vez elegidos al azar. Las letras pueden invocar imágenes mediante vibraciones de nuestras cuerdas vocales. Imágenes mediante grupos de pequeños dibujos alineados y estructurados en párrafos.

La pintura y la escultura: el arte de la vista, la imagen y la percepción.

La música y el baile: el arte del sonido, el movimiento y los sentimientos.

La escritura y la poesía: el arte de la mente.

Estoy repasando mis historias, por si acaso el viento y el olvido han decidido descoser de mi mente alguna. De unas, sólo recuerdo delgados hilos, para mí tan valiosos como el amor en los enamorados o el engaño en los astutos. De otras, son tapices los que obtengo. Tejo historias en la increíble oscuridad que puede haber entre una pupila y un párpado, entre neuronas y neuronas. Almacenadas en los sitios más recónditos que puede haber en una mente tumbada, porque si hablamos del cuerpo no sería nada.

Soy un poeta; soy un sastre; soy un poeta deshilachado y un sastre escrito en hojas. O tal vez sea un trovador, o un juglar. O a lo mejor soy un diseñador de palabras, y mis obras desfilan entre estanterías. Probablemente sea un pensador, porque ni escribo ni coso. ¿Cómo voy a hacerlo si la enfermedad hizo que luchase menos por la salud de mi cuerpo que la de mi mente?

Mi madre vuelve todos los días. Oigo la rutina: cambiar las sondas, vaciar bolsas de fluidos que mejor no saber, lavarme... Sólo añadido unas cuantas palabras que apenas yo mismo soy capaz de oír. Es curioso, en mi mundo flotan, en el suyo se caen. Cada día una historia. Cada noche, oigo sus toses. Ella también está enferma. Tiene una edad avanzada, y que yo dependa de ella no le ha hecho mejorar mucho. Oigo y huelo la enfermedad incluso antes que los doctores. Irónico, demasiado.

De nuevo, impotencia. Impotencia de no poder expresarme, de no poder moverme, de no poder ayudarla cuando ella me ha ayudado a mí. No sé si sabéis cómo se siente. Es un dolor desgarrador en el pecho. La vida te acaricia con sus afiladas uñas, el corazón se te encoge, y todos tus músculos están preparados para reaccionar, a la espera de una orden que no llegará porque a partir de mi mente, mis palabras vuelan como pájaros retenidos por mucho tiempo. No puedes retener lo que está hecho para volar.

Las palabras se están debilitando, a veces caen antes de que pueda escucharlas. Otras veces, mi madre se duerme antes de volver a posar el mismo libro en la mesa. Le dan ataques de tos. Se ahoga con sus historias y su lengua se hace un nudo en la garganta. Y yo lo escucho y lo siento todo. Soy el pez que ve como un tiburón se come a su presa: por dentro con miedo, pero por fuera impasible.

Sólo soy una mente que piensa. Y eso me da miedo. Me da miedo ver en lo que me he convertido. Todavía no he podido aceptar que soy un cuerpo del que varios cables salen, del que sin esos cables no podría vivir. Me deshilacho como mis palabras. Me estoy deshaciendo en mi propio yo. Y no he tenido tiempo de aceptarlo, ¿quién tiene siquiera tiempo? No le dio tiempo a mi madre de caer cuando ya sabía que iba a golpearse contra el suelo. El chirrido de la silla al moverse. Las últimas palabras que marcaban el final de su última historia. Y el sonido del libro cuando chocó contra el suelo. Como un puño perdido que ataca contra las alfombras, sin miedo, y cuando llega hace brotar una lluvia de estrellas grises, sus víctimas.

Son otras manos las que hacen la rítmica rutina. Otros pies son los que se deslizan entre los delgados filamentos de la alfombra. Otra colonia de marca blanca recorre el aire. Otra persona. Otros pensamientos e ideales. Otras historias.

-Vaya, veo que eres un hombre de pocas palabras.- Eso fue lo primero que me dijo el desconocido.

¡Ay de mí, si sólo fuese por las palabras!

Ya nada sería igual. Las suaves manos de mi madre, arrugadas por el tiempo ya no estarán. Sus irregulares respiraciones y sus armoniosas palabras faltarán en la noche. Y de repente me di cuenta del vacío que suponía quedarse sin retal para coser. Sin una persona que te cure cuando te pinchas con la aguja. Que admire tus obras en silencio. ¿Quién me leerá

mis libros ahora? Los libros escritos con la sal de mis lágrimas y la luz de mis ojos. Las risas perdidas entre párrafos acomodados en un falso algodón.

-Tu madre ya se ha despertado.- Prosiguió con su discurso. Ni el silencio intentó responderle - Los médicos dicen que mejorará.

La realidad se ha convertido en un libro de ficción.

-Hablé con ella esta mañana. Me dijo que te gustaban las historias. Yo prefiero las frases célebres. “La pluma es la lengua del alma” lo dijo Cervantes, ¿lo sabías? En esa época deberían de haber utilizado más los pasos de cebra, pero no, utilizaban burros.

Si pudiese ver como rodaba los ojos, lo hubiese hecho.

-Te leeré algo cuando termine de cenar- Se fue dejándome otra vez en la quietud de la última sombra del día.

Y volvió, claro que volvió. Se sentó en la misma silla que ella, para aparentar que nada había cambiado. Cuando, con esa acción, demuestras lo mucho que se pueden torcer las cosas. El mundo ha sustituido a una persona para que siga alimentándose de mis vidas, de mis retales. Al fin y al cabo, no somos nosotros los que decimos las palabras; sino que son las palabras las que dicen de nosotros. Y las siguientes que pronunció, son las que terminaron por descoser los últimos hilos que quedaban. Las palabras que pintaron mi alma:

-Lo siento, pero este libro está en blanco.